Capítulo 2: Claro, Llévate Todas Mis Cosas, Pero No la Cámara

No todas las historias que cuento serán tan color de rosa como conocer a mi esposa. Esta es una de mis historias de terror favoritas. El escenario es Medellín, Colombia, tierra de Pablo Escobar. Ciertamente no faltan historias de terror amorosas por aquí. He escuchado incontables y hasta tengo algunas propias para contar. Esta historia no me cubre de gloria, pero igual me parece graciosa.

Como en la mayoría de los encuentros de este nivel de terror, todo empezó con las citas en línea. Llevaba unas semanas hablando con esta chica. Nunca nos habíamos visto, y la conversación era bastante casual. Incluso hice un viaje a Estados Unidos para ver a mi familia y comprar cosas antes de regresar a Medellín. Seguimos en contacto mientras yo estaba fuera. Probablemente había varias señales de alerta, pero después de semanas hablando no le estaba prestando atención a ninguna. Había bajado la guardia, solo para quedar noqueado en el primer round, por usar una referencia del boxeo.

El día que regresé a Medellín, estábamos conversando. Dijimos que quizá deberíamos por fin conocernos. Acepté, pero sin esperar nada. Habíamos hecho planes de manera casual varias veces que no se concretaron, así que más o menos esperaba que pasara lo mismo esta vez. Después de llegar y acomodarme un poco, le escribí. Intercambiamos unos mensajes. Dijo que estaba cerca y aceptó pasar a tomar algo. Aquí es donde debieron sonar las alarmas. Yo estaba emocionado de estar de vuelta en Medellín y no lo pensé mucho. No era mi primera vez en la ciudad. Ya había pasado algunos meses ahí y conocía los peligros por historias y por experiencia propia.

Esa noche ella vino al hotel donde me hospedaba. Nos saludamos. Recuerdo que pensé que no se parecía en nada a sus fotos, pero, de nuevo, las citas en línea son una lotería. El hotel exigía que los huéspedes mostraran identificación y se registraran para entrar, una medida de seguridad bastante estándar en Medellín. Yo seguí siendo amable. Conversamos un rato y tomamos algo.

Hubo un momento en que sentí que las cosas estaban un poco raras. Yo todavía no había terminado mi bebida. Le expliqué que estaba cansado y que probablemente tomaría solo una antes de tener que irme a dormir. Era una señal sutil de que quería terminar pronto y podíamos vernos otro día. Ella insistió en renovarme la bebida, que preparó ella misma. Acepté, a regañadientes. Después de unos minutos más de conversación, pidió permiso para ir al baño. Yo seguí tomando mi bebida y esperé a que terminara.

Nunca la vi salir del baño. Lo que recuerdo es despertarme. Noté de inmediato que ella ya no estaba. Fui recobrando la lucidez poco a poco y me di cuenta de que mi Apple Watch no estaba.

Intenté ver qué hora era, pero no encontraba mi teléfono. Entonces caí en cuenta: me había robado. Pasé los minutos siguientes haciendo el inventario de lo que faltaba.

Ella decidió que mi costosísima cámara DSLR no valía la pena llevársela. Pero mis relojes, mi MacBook Air recién comprada y mis teléfonos (el principal y el de respaldo para emergencias) no tuvieron la misma suerte. Me quedé bastante perplejo de que no se llevara la cámara. Después bromeé con que era una señal de que debía retomar el pasatiempo de la fotografía.

Pensé que simplemente había sido descuidado y me había quedado dormido. Pero cuando vi qué hora era, entendí que había estado noqueado casi 30 horas. Ahí fue cuando entendí que ella debió de echarle algo a la bebida que preparó. Por suerte, estaba bien, aparte del ego magullado. Sentí un poco de alivio de que no hubiera sido simple descuido. Luego recordé que yo conocía los peligros y debí haber sido más listo. Ella era una PROFESIONAL, solo que un poco distinta a la mencionada antes.

Lo que hizo la situación aún más sombría fue que, después de lograr contactar a mi familia y acceder a mis cuentas (mucho más difícil de lo que debería ser en la era digital, cuando no tienes aparatos electrónicos ni teléfono y todo exige autenticación de varios factores), descubrí que ella también se había ido de compras. Gastó varios miles de dólares antes de que la protección contra fraude de la tarjeta de crédito bloqueara más transacciones. Incluso logró entrar a Remitly, una aplicación de transferencias de dinero, y sacar miles de mi cuenta de ahorros.

Afortunadamente, pude recuperar todo el dinero de mis cuentas, pero mis pertenencias se perdieron. Sí puse una denuncia policial. Tenían su identificación y la ubicación (Buscar mi iPhone), pero nunca volví a saber nada. Supongo que la policía decidió que esos objetos estaban muy buenos y se los quedó. Nada me sorprendería.

Siempre ten cuidado con tus bebidas, sin importar el ambiente, sobre todo si estás con alguien que acabas de conocer. Incluso he escuchado historias de gente que se pone de acuerdo con cantineros para adulterar las bebidas.

Aunque fue mucho más difícil encontrarle humor a esta situación, sí me pareció gracioso que pasara prácticamente el Día de Acción de Gracias. Di gracias de que no me hubieran hecho daño físico. También me pareció irónico haber planeado este viaje a Estados Unidos para comprar unos aparatos geniales y que el primer día me los robaran. Ahora tengo un dicho: cada vez que me roban, digo que estoy haciendo una donación a la caridad y que la denuncia policial es una deducción de impuestos.